

Apuntes: Ezequiel Martínez Estrada

Ezequiel Martínez Estrada, cuya biografía ni reproducimos ni nos importa (si alguien, acostumbrado –como muchos solemos estarlo- a los chismorreos de esta clase pueden consultar cualquier otra fuente), y que alcanzara una relativa fama –sobre todo en Argentina y Latinoamérica por unos cuantos ensayos (‘Radiografía de la Pampa’, ‘La cabeza de Goliat’, ‘Martí: El héroe y la acción revolucionaria’, etc.) pareciera que tiende a borrársenos de la memoria –lo cuál no sería demasiado grave si no fuera porque ese olvido tiene algo de absoluto que a la par que borra su nombre también aniquila la voz- como poeta y hombre de letras, que lo hermanan más con la crítica que con el pesimismo con el que normalmente se le asocia.

La ingente cantidad de producción es lo contrastable con ese olvido al que las letras americanas le tienen condenado. Junto a figuras anodinas políticamente como Borges o Cortázar –vedettes literarias-, el problema de Martínez Estrada es que no puede hablar más que para quejarse. Y aunque, inevitablemente, gracias a su labor filóloga en la crítica e interpretación de diversos textos (‘Martín Fierro’, Balzac, Nietzsche, Kafka, Quiroga, Nicolás Guillén, etc.) era obvio que alguna que otra polvadera arrancara, lo triste es que se limitara a pies de página de artículos de crítica literaria.

Sea como sea, muy a parte de todo lo que se nos presente dejamos aquí una bibliografía y algunos textillos sueltos que hemos recopilado por aquí y por allá, entre los que figuran «Balzac, Poe, Dostoiewski», «Escritos de Técnica», y un fragmento de Nietzsche, filósofo dionisiaco (obra entera consagrada al alemán). Igualmente dejamos un enlace en donde hay algunos textos más que no incluimos aquí por no redundar. (<http://www.ensayistas.org/filosofos/argentina/eme/>)

(Los editores)

Bibliografía

Dada la múltiple cantidad de escritos (además de reediciones, antología y demás parafernalia editorial), así como lo que se sabe que se mantiene aún inédito

hasta hoy, ésta bibliografía que se reproduce aquí¹, pese a su espíritu, no puede ser total, pero tampoco hace falta, si vienen sus principales obras (sólo incluimos la primera edición, las siguientes ediciones que se hayan hecho o no de los libros y de las antologías de poesía, ensayos, etc. búsquese como se quiera). Sea como sea, aquí la dejamos:

- Oro y piedra*. Buenos Aires, Nosotros, 1918.
- Nefelibata*. Buenos Aires, Tor, 1922.
- Motivos del cielo*. Buenos Aires, Babel, 1924.
- Argentina*. Buenos Aires, Babel, 1927.
- Humoresca*. Buenos Aires, Babel, 1929.
- Títeres de pies ligeros*. Buenos Aires, Babel, 1929.
- Radiografía de la Pampa*. Buenos Aires, Babel, 1933.
- La cabeza de Goliat. Microscopía de Buenos Aires*. Buenos Aires, Club del Libro A. L. A., 1940. (Hay edición aumentada en EMECE, 1947).
- Lo que no vemos morir*. Buenos Aires, Conducta, 1941.
- La inundación*. Buenos Aires, EMECE-Cuadernos de la Quimera, 1944.
- Panorama de las literaturas*. Buenos Aires, Claridad, 1946.
- Sarmiento*. Buenos Aires, Argos, 1946.
- Nietzsche*. Buenos Aires, EMECE, 1947.
- Los invariantes históricos en el Facundo*. Buenos Aires, Viau, 1947.
- Muerte y transfiguración de Martín Fierro. Ensayo de interpretación de la vida argentina*. México, FCE, 1948. (2 tomos)
- El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson*. México, FCE, 1951.
- Marta Riquelme*. Buenos Aires, Nova, 1956.
- ¿Qué es esto? Catilinaria*. Buenos Aires, Lautaro, 1956.
- Tres cuentos sin amor*. Buenos Aires, Goyanarte, 1956.
- Cuadrante del Pampero*. Buenos Aires, Deucalión, 1956.
- Sábado de Gloria*. Buenos Aires, Nova, 1956.
- Las 40*. Buenos Aires, Guare, 1957.
- La tos y otros entretenimientos*. Buenos Aires, Futuro, 1957.

¹ Aparecida en el volumen postúmo de algunos escritos inéditos que dejara a su muerte Martínez Estrada, hecho por la bella labor del editorial Pepitas de Calabaza bajo el título: Martínez Estrada, Ezequiel, *Lírica Social Amarga, últimos escritos sobre ajedrez, ciudad, técnica, paradoja*, 2003.

- Exhortaciones*. Buenos Aires, Burnichon, 1957.
- Tres dramas*. Buenos Aires, Ediciones Losange, 1957.
- El hermano Quiroga*. Montevideo, Instituto Nacional de Investigaciones, 1957.
- Heraldos de verdad: Montaigne-Balzac-Nietzsche*. Buenos Aires, Nova, 1958.
- Coplas de ciego*. Buenos Aires, Sur, 1959.
- Discurso en la Universidad*. Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur, 1959.
- Mensaje a los escritores*. Bahía Blanca, Pampa-Mar, 1959.
- Análisis funcional de la cultura*. La Habana, Unión de Escritores y Artistas de Cuba, 1963.
- Diferencias y semejanzas entre los países de América latina*, México, UNAM, 1962.
- Familia de Martí. Diario de campaña de José Martí*. La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1962.
- En Cuba y al servicio de la revolución cubana*. La Habana, Unión de Escritores y Artistas de Cuba, 1963.
- El verdadero cuento del Tío Sam*. La Habana, Casa de las Américas, 1963.
- Realidad y fantasía en Balzac*. Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur, 1964.
- Mi experiencia cubana*. Montevideo, El siglo Ilustrado. 1965.
- La inundación y otros cuentos*. Buenos Aires, EUDEBA, 1965.
- Martí: el héroe y su acción revolucionaria*. México, Siglo XXI, 1966.
- Poesía afrocubana de Nicolás Guillén*. Montevideo, Arca, 1966.
- La poesía de Nicolás Guillén*. Buenos Aires, Arca-Calicanto, 1977.
- Martí revolucionario*. La Habana, Casa de las Américas, 1967.
- En torno a Kafka y otros ensayos*. Barcelona, Seix Barral, 1967.
- Para una revisión de las letras argentinas*. Buenos Aires, Losada, 1967.
- Leopoldo Lugones. Retrato sin retocar*. Buenos Aires, EMECE, 1968.
- El Hermano Quiroga. Cartas de Quiroga a Martínez Estrada*. Montevideo, Arca, 1968.
- Cuatro novelas*. Montevideo, Arca, 1968.
- Meditaciones sarmentinas*. Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1968.
- Leer y escribir*. México, Joaquín Mortiz, 1969.
- Textos inéditos de Ezequiel Martínez Estrada*. M.O.R., Centro de Estudiantes, Facultad de Filosofía y letras, 1985.

Lírica social amarga, últimos escritos sobre ajedrez, ciudad, técnica, paradoja.
Logroño, Pepitas de Calabaza, 2003.

Técnica²

Mitos

Si lo que caracteriza a la potencia de los dioses es actuar sin ser vistos, crear de la nada, transformar lo existente con arreglo a su voluntad y no al proceso natural de las cosas, el capitalismo ha llegado a este grado demiúrgico porque ha creado un supermundo técnico. Al librar de la naturaleza poderes misteriosos arrebató a los antiguos dioses sus potestades y las mostró escondidas en el seno de la materia y del éter.

El nuevo dios, como todo monarca que entra a regir por derrocamiento del predecesor, trajo consigo un cortejo de divinidades minúsculas. Latrías de mitos demoníacos que forzosamente deben ser adorados. Los mitos engendrados por el nuevo dios no son menos tiránicos que los otros. No es ya el culto medieval del oro, la espagírica y la fruición del metal en la yema de los dedos. Tampoco es la efigie de la moneda. El oro es una fuerza abstracta y debe ser adorada.

El hombre no cree en las cosas groseras, cree en las ideas groseras. Es la voluntad de poder, la posesión de sésamos para abrir puertas atrancadas, la hipnosis de los ideales brotados de la vida, la veneración de los motores sintéticos, de los edificios con toda su longitud a lo alto, la máquina parlante, la máquina calculista, la fotografía de movimientos, los bares automáticos, el masaje sedante del jazz. Estos mitos que ahora se veneran podrán no ser peores que los antiguos derrocados (y de verdad no lo son), pero no son mitos nacidos del alma, con la fisonomía del ansia, del gozo, o el miedo; son seres nacidos de las máquinas en las que hubo desde su origen un principio de vida demoníaca, de destrucción. No están, por consiguiente, al servicio del hombre, aunque solapadamente lo deleiten, sino al servicio de máquina, las velocidades fantásticas, los campeonatos de resistencia, los récords, la cantidad de revoluciones por segundo como la cantidad de palabras por minuto, la conquista de la mujer por la gala y deporte, los grandes vuelos sin etapas y las grandes novelas sin belleza, las maniobras y desfiles, el fin de semana y todas las demás secuelas de una forma de vivir a alta presión: estos son los ídolos que hoy se adoran. ¿Qué significan estos ídolos? Significan civilización, la metamorfosis de una forma ya agotada en otra no ensayada aún, el

² Del título *Lírica Social Amarga*, (ver biblio.), 2003, forma parte de algunas anotaciones encontradas en su casa después de la muerte de Martínez Estrada, p 71-87.

reflejo en el mundo de la materia de los más atrevidos deseos humanos, la derrota de Zeus por Prometeo.

Tras los mitos del placer siguieron los del poder, y ahora otra vez los del poder desalojan a los otros en un movimiento de sístole y diástole que tanto parece agradar a la misma naturaleza. La inteligencia *standard* de los redactores de anuncios y noticias, de los dibujantes de afiches, de los ejecutantes de saxófono, de los autores de comedias para homosexuales, de todos los proveedores de residuos, rebabas, limaduras y desperdicios de las fábricas son los primeros mártires.

En aquellos antiguos mitos el hombre tenía fe, eran su imagen y semejanza, no eran mitos con vida propia, llegados a la existencia por generación espontánea, sino formas concretas, especie de autovacunas elaboradas con los mismos sinsabores y esperanzas del paciente: eran mitos como las divinidades mobiliarias, domésticas y cívicas de los romanos, mezcladas a todas las acciones de la vida cotidiana. Estos, en cambio, exigen al hombre; proceden al revés, lo convierten en un ser mentalmente organizado a su imagen y semejanza, lo obligan por coacción fascinante, son categóricos, triviales, agradables.

El hombre no ha perdido su fe, porque la fe del hombre es lo que está abalanzándose de lo que es a lo que quiere ser, el torso del centauro; no ha perdido su fe, sino que la ha depravado; no cree menos y más laxamente que antes, sino que cree en otras cosas.

Antes creía en que surgía de su corazón o de su cerebro, en lo que impregnaba su vida y lo estimulaba a vivir; ahora cree en lo que llega a sus manos desde los talleres de fabricación en serie. La verdad es que necesita aún hacerse propicias las fuerzas que lo destruyen y que nunca supo hacerlo de otra manera que postrándose. Pero cree con la misma ingenuidad, con la misma necesidad de antes, únicamente que ahora pone toda la angustia de su vida inútil, más torpe y fungible que el hierro, en hacer poderosos a sus dioses en quienes ve representados tangiblemente sus más recónditos instintos. Toda doctrina que le ofrezca la dominación como fin tiene que serle grata, como toda teoría que le prometa la destrucción. El hombre es el animal suicida por antonomasia, y su voluntad de poder, que para Nietzsche era la afirmación de la vida, para Schopenhauer era la voluntad de cesar de vivir. Habría que estudiar si la civilización entera no es el deseo de morir, como la naturaleza entera el deseo de reposo absoluto.

El sentido nihilista que Nietzsche descubrió en el movimiento de toda la cultura y la civilización contemporánea, es acaso el más profundo hallazgo de ese minero de las

solitarias entrañas del hombre. Esos ídolos que veneramos son hijos legítimos de la destrucción, de la vindicta de la naturaleza, que es movimiento más bien que conciencia. Son los heraldos quizá del crepúsculo del hombre, los que vienen a atraerlo hacia el sueño de la insensible materia en movimiento. Dominada la naturaleza por los demiurgos de la ingeniería, le restituyeron por ese camino su cetro e hicieron que la materia inorgánica, articulada, móvil, precisa, parlante, vidente pero sin alma, comenzara el ciclo inverso al de la creación: el ciclo de la destrucción, que no tiene por qué diferir en los métodos ni en el proceso de aquel primero, pues entrando un poco a la metafísica, no sería imposible que si hace millares de años, cuando el lenguaje estuvo formado, el hombre alcanzó su mayor capacidad craneana y su más bella forma mental, ahora estuviéramos en un período avanzado de destrucción. Únicamente que esa destrucción no puede ser juzgada como tal por los mismos seres destructivos. La destrucción no tiene por qué ser retrógrada si se le es más fácil serlo por las mismas vías naturales del progreso. También el hombre tendrá que agotarse siendo cada vez más hombre. A la creación por la naturaleza seguiría la destrucción por la naturaleza sin marcha atrás, sino con arreglo a las mismas fuerzas creadoras. Pero, ¿es de verdad naturaleza ese mundo mecánico, producto de la inteligencia y de la laboriosidad del hombre, de su miedo cruel perpetuado a través de la imposibilidad de librarse de sus ídolos? Es la naturaleza muerta, es el cero de lo que yace bajo la tierra en la gota del mineral, lo que no vive. Es lo que tenía que moverse también, lo que tenía que vencerlo todo con la serenísima marcha de los astros.

La voluntad de poder está representada en la máquina. La máquina es voluntad sin reflexión, sin hesitación, sin escrúpulos. Es el poder, al mismo tiempo. Un poder de orden sobrenatural, en cuanto está al servicio de un orden de cosas que no solamente ignora la máquina, sino el que la pone en movimiento y hasta el que la ideó. Entendemos por voluntad en la máquina la realización de una tarea, no importa cuál, ajustada a un propósito de antemano. El trabajo con arreglo a un plan.

Correr por raíles, machacar un remache, soldar cajas de hojalata. Cualquiera de estas acciones está previamente trazada con matemática seguridad, y la máquina no hace más que realizarla. Está al servicio de ese propósito y le sirve ciegamente, mecánicamente, aunque el mundo se destruya.

Eso es lo sublime en el concepto de la voluntad. Ignacio de Loyola se había propuesto una victoria que exigía también cerrar los ojos, anular la reflexión, no pensar,

sino obrar con un fin. El hombre convertido en voluntad; es decir, el hombre convertido en acción; es decir, el hombre convertido en una máquina que sirve a la verdadera religión. Más bien que una máquina, un arma. El hombre convertido en una máquina que es al mismo tiempo un arma: la máquina de San Ignacio de Loyola.

Voluntad convertida en máquina, eso es también lo que caracteriza al hombre que está al servicio de la mecánica del mundo, por las fuerzas mecánicas contra las fuerzas orgánicas: el hombre blindado, en cualquier forma es un hombre templado como el acero, al servicio de una causa, no importa cual, que funciona para ello, como la bala funciona para lograr su blanco y la rueda para llegar a un lugar y los rodajes para alcanzar la fabricación de un objeto. La máquina no interesa sino el objeto que se va a fabricar. En el hombre blindado, el hombre torpedo, hombre propagandista, no importa él sino la acción que realiza. Ha dejado de ser hombre, un ser humano, para ser un vehículo que transporta una voluntad, que está en marcha para algo.

El mundo de la máquina, por el contrario, no tiene ninguna finalidad; es un circuito cerrado como el funcionamiento de cualquier mecanismo cuya acción cíclica vuelve a comenzar en el mismo punto en que termina. No tiene ninguna vitalidad en sí mismo, sino que sirve como medio, como la herramienta de que nació, entre el hombre y el mundo. El rendimiento práctico que se extrae es el bienestar, una mayor capacidad para que la vida cobre, por reacción, su más amplio y hondo sentido; algún fin cualitativo, pero el objeto para el cual se mueve, el destino para el que fue puesto en movimiento, es la cantidad, el poder. Este poder hunde sus raíces en los instintos primordiales del hombre, en su limo genésico: en la voluntad de dominio. Esta instintiva y ciega voluntad de ser y de prevalecer no permite al poseedor que diga “basta”, en cierto momento, o que intente desviar de su curso el torrente de la acción. El poseedor también está encadenado; es Ixión atado a su rueda. Lo mismo que la máquina, creada por el capitalismo, a su vez creado por ella, el propietario está en imposibilidad de zafarse, y las ligaduras que lo retienen no es tanto un grosero interés pecuniario como una afinidad de temperamento, de su complejidad psíquica, cuyo diagrama teórico es el mismo de la máquina.

De ahí que el movimiento de bielas y rodajes, de transmisiones y cilindros, no obedezca exclusivamente al propio mecanismo, y que el mecanismo no sea susceptible de ser visto desde afuera, de ser juzgado y condenado. Además de la inteligencia del ingeniero y del idóneo, el alma y la sensibilidad humana actúan sincrónica y hasta

sinfónicamente con la máquina. El hombre está satisfecho con su máquina y cuando más arrebatado en el vértigo de su movimiento, mecido por las satisfacciones y comodidades, más satisfecho. Ya no puede advertir qué es lo que le cuestan esas comodidades, no sólo en concepto de lo que está pagando por ellas, sino tampoco en la felicidad verdadera que sacrifica para ser feliz de ese modo. Sería inútil que, convirtiéndose en un simple transeúnte, por desdoblamiento, se parase en el umbral de su oficina o de su taller y se mirara entregado a una tarea que es como la de empujar hacia arriba, por una cuesta, una piedra, que desde allá volverá a caer para ser levantada. Ya no puede salir de su blusa o de su saco de lustrina para contemplarse desde la puerta de calle, porque está conforme, viaja en tren, oye radio, lee periódicos, pasea en automóvil, come bien y está satisfecho. Además cree que su fuerza se ha multiplicado según los aparatos que pone en movimiento sin esfuerzo y que su inteligencia se aquilató según las obras de otros que llegan a sus manos. Y por la errónea creencia de su aumento de poderío resbala a la verdadera esclavitud.

Hoy es poderoso porque suma a sus brazos, a su voluntad, a la voz de mando, la fuerza de la máquina. Los vehículos de gran velocidad y de la marcha cronométrica, la vivienda, la información periodística, los auxiliares automáticos que en su hogar lo secundan con docilidad muda y leal, han hecho de su conciencia del poder algo es absolutamente nuevo en la historia de la voluntad, del carácter y de las ideas. Puede por medios mágicos, dispone a grandes distancias concierto para fechas lejanas, actúa con su presencia en un área extensísima, y su cuerpo mismo parece haber adquirido una capacidad ubicua sobre superficies que antes no hubiera podido recorrer en un año ni costear con los ahorros de diez. Al más humilde transeúnte le obedecen los ferrocarriles que pasan según sus necesidades (porque sus necesidades y las necesidades del tren han sido combinadas allí donde se juntan los intereses de las personas y los del transporte).

El conjunto de todos esos objetos que llenan el cosmos doméstico de confort constituye el alimento cotidiano de una clase parasitaria, de la burocracia, del funcionario, del empleado; y esa clase parasitaria a su vez constituye si no el combustible, el lubricante de la máquina. La idea copiosa del poder y de la comodidad es, en definitiva, una aberración del verdadero sentido social de tales cosas cuyo manejo no le pertenece, aunque las haga andar, cuyo beneficio no disfruta, aunque las use. A pesar que es mundo de la acción obediente no le pertenezca ni esté sometido (porque él pertenece, él está sometido), y sea indiferente a su mandato personal, a su voz y a su

mano; aunque esos trenes correrían lo mismo si él muriese de repente, están sumados a su voluntad precisamente porque de antemano su voluntad se ha sumado a ellos. En realidad, no puede nada, su voluntad ha sido restringida hasta el extremo. Y si él, el consumidor de esos adelantos, está sometido, el dueño no es más libre. Muy bien puede ocurrirle a un multimillonario capaz de promover a la distancia una guerra o un cambio de gabinete, que advierta que toda su actividad está acondicionada desde fuera de él tan fatídicamente como para el pobre, y que en ningún momento hubiera podido reiterarse a descansar... Desde la parte externa parece ser su demiurgo y desde dentro es su juguete también.

Las últimas metamorfosis de la mano se vuelven contra quien las hizo, esa rebelión es su suicidio. La mano universal del hombre, en el uso de su poder máximo, quiere matar a su dios sin prepararle siquiera una sepultura decente. Esa grandeza es simplemente un hacinamiento piramidal de las derrotas individuales, es grandeza porque es cantidad, volumen, ocupación, dominio; pero su valor verídico es la miseria, la desesperación, la pérdida de los incentivos indispensables para seguir adelante. Fáltales, a la máquina y al arma, un ideal de la misma complejidad de la carne y del espíritu, aunque se forjen teorías paradójicas para cohonestarlas. Mientras no se entreguen ellas mismas en su servidumbre, mientras ellas exijan que se las sirva, la fuerza de los dinamos es la debilidad de los brazos sin ocupación, la riqueza tesaurizada y estibiada en cofres y depósitos es la pobreza de los que no tienen nada. Toda esa superestructura, sin duda maravillosa y grandiosa, tiene como meta un designio suicida, se dirige en un avance coordinado, preciso, avasallador, contra los reductos en que el hombre sin esperanza y sin fe, aguarda la vejez y la muerte. No pertenece a nadie si no pertenece a la humanidad.

Lo que pertenece a la conciencia del hombre es la vida y el progreso que sirve a su vitalidad, y la civilización entera, que lo ha superado en múltiples conceptos, tiene que ser para él o debe ser destruida. La civilización urbana, fabril, del centímetro, gramo y segundo, puede ser usada y comprendida por el hombre, puede llenarle de estupor y suministrarle momentos muy placenteros, pero no puede ser objeto de vida, de conciencia, si no está incondicionalmente a su servicio. De modo que si el sistema social, aunque erróneo y nocivo, tiende a formar en él el sentimiento de la justicia, una capacidad más intensa y sensata de su vitalidad, una conciencia más clara de su misión social, tiene un valor verdaderamente humano a pesar de todo; de lo contrario, carecería

de sentido, sería una coacción, un error contumaz, y debería destruirse. En vano ese mundo del poder egoísta recurre a las fórmulas de la religión, de la moral, del carácter; en vez de salvarlo lo precipitan con su caída.

El mundo capitalista y técnico, dirigido por fuerzas malvadas, es la declaración más formidable de inmoralidad que se ha hecho, es la negación del alma y del destino ético del hombre con responsabilidad conciente de sus actos. No es indispensable poseer un alma religiosa para condenar por absurdo y perverso un sistema insensato; basta advertir qué es lo que está conformado con arreglo a las leyes naturales del ser humano y lo que está conformado con arreglo a las leyes naturales de la mecánica.

La cultura y el saber son también zonas limítrofes, entre el poderío de la técnica y las potencias de la vida, pero si se busca en ellas un signo predominante, se ve en su interior el esquema de la mecánica más bien que el de la biología. Constantemente la selección se realiza a favor de lo organizado según la máquina contra lo organizado según el ser vivo.

Las fuerzas espirituales que hasta hace un siglo y medio llevaban por el misticismo, el ensueño y la filantropía a sostener un supermundo de fuerzas psíquicas, han caído en los campos magnéticos de las bielas y las ruedas, de manera que al sistematizarse el pensamiento, al hacerse más pragmático, más racional, más sensato, no ha hecho más que entregar su albedrío a la organización material del mundo y proceder en función de él.

Hoy no hay religión que no pueda considerarse la reproducción del mundo de los intereses materiales batidos al plano de la superstición y la política malvada; no hay religión que no sea un sistema político que de sojuzgamiento puesto al servicio de esa organización. Ni ha sido nunca, desde que el precepto litúrgico tuvo un oculto fin higiénico o de coacción, otra cosa que una regla moral, que una coordinación de fieles, contrarios a los principios de la vida y conjurados para servir a los planes de la organización de los dogmas y los reglamentos.

Es fácil ver que las fuerzas todavía refractarias al régimen actual son fuerzas potenciadas por un hondo *pathos* de conciencia, por valores antieconómicos, de lo personal, humano, de lo justo, más allá y por encima del derecho codificado. Si la superorganización técnica priva al individuo, inclusive por la enseñanza, de su albedrío y de toda idea mística, el mundo sometido es el del especialista y el perito, y en mundo reactio es el de la conciencia rebelde, de las necesidades biológicas del hombre como

especie. Aquél juzga con un criterio *standard*; éste, con su voluntad, su sangre y su conciencia.

Aquél tiene ya la contextura de la organización taylorizada; éste malgasta su caudal, pierde su tiempo, arriesga su ganancia, pero está en la zona caótica de la vida, defendiéndose contra el destino de la máquina y de las leyes de la física aplicadas a lo biológico y lo psíquico. Puede estar influido por la misma fuerza plástica, de la misma organización en general, mas está fuera del sistema. Forma parte de otro sistema, del de los frenos automáticos contra la civilización.

El autodidacta es una persona que sabe muchas cosas incompletas; una persona que sabe el segundo tomo de las cosas, admitiendo que por lo menos tengan tres. La primera mitad, que se aprende en las aulas, es aquello más difícil de comprender para el autodidacta: lo que se ha trasegado a lo largo de muchas generaciones, el saber técnico, las clasificaciones, las fórmulas, los teoremas, las reglas y las nomenclaturas.

De las dos clases de saber, saber lo que uno sabe y saber lo que saben los demás, este último tiene indiscutibles ventajas, porque es, el saber ortodoxo, el que se necesita. Es el saber que está endentado con todo el rodaje de la civilización, mientras que el otro es una cultura que va naciendo dentro mismo del individuo, una especie de robustez, de certidumbre cuya razón de ser no está en la fórmula mnemotécnica, sino en la propia existencia. Lo que sabe no es teoría puro, no es tampoco experiencia teorizada, es un poco su instinto de la justicia, un poco la poesía de lo que no se puede expresar acabadamente. Ciencias y artes han conseguido un punto de cristalización y mecanización en la enseñanza popular. La experiencia de millones de seres que se han interesado en la averiguación de las causas y las leyes de los fenómenos naturales y en el dominio de las dificultades del oficio y del arte, a través de métodos pedagógicos cada vez más depurados, llegó a concretarse en la enseñanza oficial. Las universidades fueron siempre la escuela impersonal; la máquina de proveer conocimientos adecuados a las necesidades del consumo en gran escala. Antes reducían las inquietudes de toda duda a la palabra del sabio, luego redujeron el saber a fórmulas didácticas, concentrando mucha materia en pocas ideas y así cumplieron un gran trabajo con enorme economía de materiales y de esfuerzos. Esto mismo es lo que la máquina significa en otro orden de cosas.

Por una parte, la enseñanza es la instrucción en serie, y por otra la instrucción *standard*. Con el menor desgaste de energía posible, el alumno adquiere la mayor cantidad de conceptos elementales de saber. Compra a precio módico artículos bien

elaborados. La asimilación de ese saber reporta un bienestar que resulta de la confianza y la certeza de que lo que se aprende es así, sino que pueda ser de otro modo; y cuando se llega al final de un razonamiento es, indefectiblemente, a lo que se quería demostrar. El saber está condicionado por la utilidad. Tiene en primer término una aplicación práctica inmediata en el profesional. Pero esa asimilación del saber sintético excluye el ejercicio de la crítica libre y forzosamente el raciocinio corre por los álveos de la verdad demostrada, hasta que se adquiere el hábito de estar seguro casi siempre de lo que se piensa, porque se piensa en lo que es seguro o está ya asegurado. Con este sistema, la sociedad, las normas de la vida civilizada, obtienen el servicio, el aporte de la inteligencia. Y entonces el sistema solidificado del dogma de la utilidad no puede ser atacado sino desde dentro, lo cual progresivamente se hace más imposible. Ninguna máquina se destruye violentamente por sí, aunque se desgaste. Y prácticamente es eterna e inalterable, en la reposición de las piezas desgastadas, en su reemplazo por otra nueva, en su evolución y perfeccionamiento, con lo que sigue siendo la misma. Afortunadamente, la verdad parece estar muy cerca de lo que afirman los libros de texto, con ella se ha ido muy lejos, y además es útil.

Por todo esto es fácil distinguir al autodidacto del estudiante y del profesional universitario. La obra del autodidacto es siempre más personal, más hecha a su cuerpo, como la piel; la obra del estudiante se parece siempre más a la de otros que a él, y es más de un género y de una confección. El autodidacto es un artesano que caerá necesariamente del lado de las ideas de valor humano, rebeldes, primitivas, vitales y estéticas; el universitario tiene ya su partido, su secta y su ortodoxa y es el servidor de una máquina que produce saber. El libro de texto es un ejemplo magnífico del saber técnico, como la poesía lo es del autodidáctico. El libro de texto es eterno, inmutable en sus líneas dogmáticas y generales; como la máquina, puede variar cada año en modelos mejores, pero cada año representa eternidad. Además tiene que ser incorporado al saber de los individuos extraños, impersonales desconocidos, para que su valor social y su veracidad sean efectivos. El libro de texto equivale homológamente a un específico reconstituyente de expendio libre. Difícilmente llegaríamos en toda la vida a fabricar una lapicera estilográfica bien hecha, ni a encontrar las fórmulas del primer capítulo de un manual de química o de física. El caso de Pascal es sencillamente monstruoso. Estas cosas se nos dan hechas porque es el resultado de muchísimas operaciones simplificadas y no tenemos más que usarlas, sin preocuparnos más, como nos bebemos el tónico. El saber pedagógico del profesor cristaliza en el libro de texto y la apetencia de

conocimientos del alumno lo encuentra adecuado a su necesidad, mientras sus necesidades siguen el mismo orden del índice del libro. Cada año tiene mejor la forma de su cabeza y viceversa.

Es el aparato más aparente para satisfacer una necesidad de orden espiritual, pero no es un alimento sintético de alma, sino de la razón y la voluntad de dominio. En esta forma se ha conseguido que la mayoría de los seres sepan más o menos las mismas cosas, de la misma manera, y que se auxilien mutuamente aunque no lo quieran, es decir lo quieren porque así se ahorran muchas molestias y privaciones. Se han obtenido que la enseñanza pueda proveer por igual a seres de las más opuestas latitudes y climas espirituales y que todos ellos, que han encontrado ya el mundo constituido, hallen también constituido, organizado, el saber que corresponde al mundo. Con lo cual la humanidad adquiere mayor precisión, mayor justeza, da mayor rendimiento. Por eso es indiscutible que la afinidad espiritual sea ahora, entre todos los seres del orbe civilizado, mucho mayor que sus discrepancias, y que el volumen bruto del saber en un año sea mayor que el de toda la antigüedad. Lo que no puede afirmarse es cuál sea el verídico valor de este saber técnico, sino se le juzga pro su eficacia; cuál es el signo de operar que tenga, si el saber no debiera ser únicamente empírico ni tener la conformación, la fisonomía, la estructura de la máquina. Porque si se controla a la máquina con la inteligencia de la técnica y a la inteligencia técnica con la máquina, estamos dentro de un círculo vicioso y optimista, como es natural.

Sin duda este saber ha crecido adheridos a los estratos y formaciones concretas del mundo moderno, un poco parasitariamente; se ha nutrido de sus mismos jugos, forma hoy un cuerpo siamés con él y es grande porque todo aquello que se inspira es grande también: Derecho, Física, Mecánica, Medicina, Historia.

Cualquiera que haya sido el valor absoluto del saber de Platón o de Arquímedes, Leonardo, Goethe, es natural que se trata de un saber autodidáctico que hoy no tienen aplicación, que está a trasmano de las líneas del saber ortodoxo. Cualquier estudiante de filosofía y de ingeniería podría tratarlos con desdén; porque la verdad es que el carácter distintivo del saber actual, lo que constituye su fuerza y su seguridad, es que resulta útil, muy razonable para lo que hay que hacer, muy bien adecuado a la inmensa faena de las cosas. Este saber es técnica también, es meramente un aspecto de la técnica del mundo actual, es civilización. Y tiene además de su aspecto de utilidad, el poder; es instrumento con que se domina la naturaleza, con que se impone algo a otros, con que se hace posible que ocurran ciertos hechos de modo distinto a como hubieran

acontecido sin su intervención. Es también plástico y ortopédico. Pero ese saber ya no sirve al hombre, no evita que maldiga su destino, que tema procrear, que muera como un niño que ha sido llevado con engaños a la tumba. Porque al despertar a las fuerzas escondidas de la naturaleza, éstas han hecho presa de él y ahora no puede librarse de servir con él a lo que debiera estarle sometido.

Balzac, Poe y Dostoiewski³

I

La repetida lectura de Edgar Poe impresioname cuando siendo éste un continuador de la intuición profunda y lóbrega del mundo y de la vida de Balzac. El “orbe tenebroso” que algunos críticos entrevieron por la índole moral de sus personajes proyecta su tiniebla hacia el abismo insondable de la significación de la vida en un planeta de materia sólida, inanimada, pétrea, o de agua y gas. Sus verdaderos, legítimos continuadores son, lo veo claro en este instante, además de Poe, Baudelaire, Dostoiewski, Proust y Kafka. Balzac nos expone ante los ojos atónitos un ser viviente monstruoso en cuadros claros o iluminaciones de lo que vio también Goethe como “lo demoníaco” que escapa a la razón

El mundo de Balzac no es el de las apariencias, sino *mundo* (Welt) en el concepto de los filósofos trascendentalistas alemanes inspirados en Platón: mundo susceptible de tomar todos los aspectos y contenidos imaginables, de ser pensado, y por lo tanto creado de distintos modos. Cada “weltanschauung” recrea el mundo entero; y, con las palabras de Eddintong, quien descubre algo (por ejemplo Kirschhoff el átomo), lo crea. Y de creaciones humanas el mundo se transfigura hasta que podría llegar a adquirir cualquier estructura que el hombre alcance a “imaginar lógicamente”. La ciencia y el arte redescubren periódicamente “un” mundo inédito: la ciencia ampliando el saber empírico con nuevas leyes, el arte aproximándose a una visión de conjunto dantesca, de “gehenna”. Cada vidente lo describe según su lenguaje y medios disponibles de expresión y el mundo real se metamorfosea conforme a la presión de esa energía espiritual.

Es en este aspecto de la producción de Balzac que pueden hallarse *correspondencias* (la palabra es de Baudelaire) con Poe, quien también usa de un realismo alucinante para fijar lo absurdo, lo que es absurdo para la vigilia razonante. Por otra parte, la metafísica de ambos es la misma.

Los cuentos de Poe tienen una atmósfera corrosiva, que muerde y desgasta las figuras engastándolas en coágulos de sombra, en pliegues de misterios. Su poesía es

³ Este texto forma parte del portentoso estudio sobre Balzac que Ezequiel publicara bajo el nombre de *Realidad y fantasía en Balzac*. Tomado de la edición hecha en la Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, en el año 1964. p 307-320.

complementaria en otro plano emocional. Todos los cuentos están concebidos en la lucidez suprema de las alucinaciones y del razonamiento exigido al máximo, cuando la evidencia de las cosas es tan potente que trasciende hasta las esencias, en que todo se desvanece y se funde en un bloque de misterio impenetrable. Cuentos como “El escarabajo de oro”, “El doble asesinato de la calle Morgue”, “La carta robada” concilian lo absurdo y lo lógico en una realidad ambivalente como en ningún otro autor ni en ninguna otra literatura. Eso no se ha visto o no se ha dicho.

Poe razona sus visiones porque las vive, las tiene ante sí como imágenes reales de un mundo que el comercio no ha podido transformar en mercancías. Otro vidente de su misma estirpe, Baudelaire, define así el arte de Poe, su “doble”:

«Su elocuencia, esencialmente poética, henchida de método y removiéndose a veces fuera de todo método conocido, un arsenal de imágenes extraídas de un mundo poco frecuentado por la muchedumbre de los espíritus, un arte prodigioso de deducir de una proposición evidente y absolutamente aceptable valoraciones secretas y nuevas, de abrir sorprendentes perspectivas y, en una palabra, el arte de encantar, de hacer pensar, de hacer soñar, de arrebatarse las almas del cieno de la rutina: tales eran las deslumbrantes facultades de que muchas gentes conservan recuerdo».

Balzac, el otro “realista visionario”, poesía las mismas prensadas de penetrar con un sentido nuevo y negando al común de los observadores, en el laberinto de lo cotidiano estancado, deduciendo series de hechos como sorites y entimemas de hechos. Poe y Balzac razonan lúcidamente un material enigmático, sin lógica aristotélica, dúctil y propenso como el plasma vital a tomar todas las formas compatibles con su naturaleza. Poe trabaja en su arte con instrumentos mentales de absoluta precisión y elegancia, en tanto Balzac apenas desbasta las moles de su cantera. Pero para ambos el mundo de las formas es el mundo de las esencias, insible como el Proteo de Frenhofer y del que sólo se pueden dar una sucinta imagen dionisiaca que el afán de perfilar y colorear nítidamente convierte en masa informe y caótica como la de donde salió.

Son los lugares, en fin, los rostros, los ambientes –salones deslumbrantes de luces y trajes de fantasía, alcobas cerradas siempre, edificios antiguos y castillos deshabitados, largos corredores hundiéndose en las tinieblas, tapices con sortilegios como las alfombras presas- los receptáculos del destino, los vientres en que se fecundan los dramas. La vida social a uno y otro poeta se les ha presentado en su horrible desnudez, en una fantasmagoría que a semejanza del opio o del alcohol genera también la vigilia exaltada, la alucinación provocada cuando los ojos penetran hasta el secreto de

las cosas. Por eso, acaso, fueron más allá de la visión política de la sociedad. La presión de un trabajo inhumano ejercía en Balzac los mismos efectos que el alcoholismo en Poe, con la concurrencia de la cafeína, y que más que provocar sus delirios se diría que era calmante y nepentes.

“Yo creo que en muchos casos –escribe Baudelaire-, no ciertamente en todos, la borrachera de Poe era un medio mnemotécnico, un método de trabajo, método enérgico y mortal, pero apropiado a su naturaleza apasionada. El poeta había aprendido a beber como un cuidadoso escritor se ejercita en llevar cuadernos de notas. No podía resistir al deseo de volver a encontrar las visiones maravillosas o espantosas, las concepciones sutiles que había encontrado en tempestades precedentes: eran viejos conocidos que lo atraían imperativamente y, para volver a frecuentarlos, tomaba el camino más peligroso pero el más directo. Una parte de aquello que hoy constituye nuestro gozo es lo que lo ha matado.”

Balzac no necesitaba provocar esas entrevistas con lo imaginario y obsesivo, porque convivía en relaciones de amistad permanente con sus fantasmas. El mismo asco de una sociedad envilecida y encenegada en intereses mercantiles, arrastró a uno y otro poeta (y a Baudelaire y Dostoiewski) a construir una sociedad en que las perversidades estaban reducidas a un álgebra de símbolos. Otra vez comenta el biógrafo y crítico:

“Por otra parte es fácil suponer que un hombre tan realmente solitario, tan profundamente desdichado y que ha podido con frecuencia abarcar todo el sistema social como una paradoja y una impostura, un hombre que hostigado por un destino sin piedad repetía a menudo que la sociedad no es sino una batahola de miserables... es natural, digo, suponer que ese poeta arrojado desde niño en los azares de la vida libre, el cerebro cercado por un trabajo áspero y continuo, haya buscado en ocasiones una voluptuosidad de olvido en la bebida.”

Todavía hay otra reflexión de Baudelaire sobre Poe que pude compartir con Balzac:

“La naturaleza dicha inanimada participa de la naturaleza de los seres vivientes y, como ellos, se estremece de un estremecimiento sobrenatural y galvánico.”

Porque también para Balzac, y lo dijo taxativamente muchas veces, la cantera de donde extraía sus visiones era la misma naturaleza insomne que nosotros transitamos como sonámbulos, y no él. Mundo en que las cosas que nos rodean engendran como los súcubos hijos monstruosos.

Otras analogías fraternales podrían hallarse entre Balzac y Poe, como la que Gautier describe entre *Luis Lambert* y “William Wilson”, y que fue precisamente el

clarividente Baudelaire quien las percibió, familiarizado con la visión de los “ojos de la muerte” de ellos:

“Muchas cosas lo unían a Balzac. Como Balzac, al menos el Balzac de los últimos años, debía a Joseph de Maestre sus ideas sobre el Estado, sobre la Sociedad, sobre la Iglesia. Como Balzac, sólo veneraba tres tipos de humanidad: el sacerdote, el guerrero y el poeta. Como Balzac, se sentía atraído por la química de la voluntad y fundó su teoría del arte sobre una metafísica de la magia. Como Balzac, conoció el «gusto del infinito» («los vicios del hombre, tan plenos de horror como se quisiera, contienen la prueba de su gusto por el infinito» en «Paraísos artificiales»).

«Eureka» también tiene relación con *Luis Lambert* y con *Serafita*. Poe, como Dostoiewski, toma de Balzac una concepción del mundo: Poe físico-metafísica, Dostoiewski psicológico-mística. Cada cual se corresponde en Balzac como Poe con Dostoiewski.

Poe admitía fuerzas magnéticas que influían sobre el pensamiento y hasta en la muerte. El mundo o plano psíquico universal, se comunicaba en un “continuum” electromagnético. El poder de la voluntad aún no había sido entendido en todo su alcance: Ligeia. Lo que el vulgo interpretaba como poderes misteriosos, fuera de su alcance, para estos poetas son también fuerzas naturales de incomparable potencia. Es la idea de Spinoza. Sería interesante un estudio de cotejo entre las ideas de *Luis Lambert* y de «Eureka».

Esa conciencia balzaciana de Poe, de que existen fuerzas, mejor dicho poderes o potestades incontrolables por los sentidos y por la razón, constituye si no una filosofía – que tal es-, una certidumbre que informa toda su producción de poeta y de cuentista. Gran parte de lo que hemos entendido hasta ahora como fantástico e irreal, desaparece en seguida de que comprendemos que su “mundo” es mucho más rico de posibilidades y combinaciones de orden superior que el nuestro. Un hombre dotado de visión profunda, penetrante, de “doble vista”, de lo que podríamos decir una concepción cuatridimensional, tiene que aparecérsenos como pensado en un plano imaginario o fantástico, manipulado junto con las cosas que nosotros percibimos otras que nos son inaccesibles.

El misterio, lo latente y lo diabólico, lo fantasmal, inclusive lo ancestral; los ambientes creadores de tragedia, eso que Poe convierte en el centro y pivote de sus obras de misterio y de arabesco, también está en Balzac, puesto asimismo como centro y pivote de sus asuntos. Una vez que Balzac nos da, como Poe, una escena –pocas veces

de la naturaleza: *La granadera*, *Adiós-* y casi siempre de interiores del hogar, los rincones de las casas –una sala, un dormitorio, un comedor con muebles antiguos, cortinados, alfombras, cristalería y espejos que sirvieron a otros muchos huéspedes que ya han muerto-, tenemos “el argumento” de que los seres son seres caídos en la trampa o, como dice Jung, “recortados del fondo informe de la humanidad”.

II

El descubrimiento de Balzac –confesa que lo debe al Dante-, de que el mundo que habitamos tiene todas las características que han servido a las religiones para concebir el infierno, un lugar de suplicios en el que se padece por culpas no siempre comprensibles, se vuelve a encontrar en la novela de Dostoiewski con idéntica evidencia y mayor pertinencia. Este rasgo que da intensidad a la obra de uno y otro escritor, desaparece de la narrativa realista hasta muy recientemente, cuando monstruosos acontecimientos abrieron los ojos del soñador de comforts y le demostraron las fuerzas desatadas del mal sobre el mundo. Pero esas mismas fuerzas actúan en lo microscópico, y la ola inmensa se forma de pequeñas gotas de agua del vivir cotidiano. André Gide transcribe (en sus conferencias sobre Dostoiewski):

“No es, nos dicen, la vida real lo que representa; son pesadillas. Me parece esto perfectamente falso; pero otorguémoslo provisionalmente, y no nos contentemos con responder, con Freud, que hay más sinceridad en nuestros sueños que en las acciones de la vida. Escuchemos mejor lo que Dostoweski mismo dice de los sueños, y de los «absurdos», los imposibles evidentes que pueblan nuestros sueños... “y que ha admitido usted al momento, casi sin la menor sorpresa, aun cuando por otro lado su inteligencia desplegaba una potencia inusitada mientras ejecutaba maravillas de habilidad, de penetración, de lógica. ¿Por qué también al despertar y entrar en el mundo real, casi siempre siente usted, y a veces con rara vivacidad, la impresión de que el sueño al dejarlo se lleva como un enigma no adivinado? La extravagancia de su sueño le hace sonreír y al mismo tiempo, siente usted que ese tejido de absurdos encierra una idea, pero una idea real, algo que pertenece a su vida verdadera, algo que existe y ha existido siempre en su corazón; cree usted encontrar en el sueño una profecía inesperada” (de «El príncipe idiota»)

No es un hallazgo pavoroso de Balzac, pero es Balzac quien fija ese sentido, y para que no nos quepa duda ninguna de ello, en *Los desterrados*, que es una de sus

biografías alegóricas, nos da por boca del doctor Sigier y del mismo Dante en París, una visión infernal del mundo en que vivimos y que no vemos. También Dostoiewski en su destierro de Siberia, ve el rostro de Jehová, la gestalt del dragón en la configuración de la masa de hechos que constituyen la historia, el drama del que somos partícipes. Dostoiewski fija esa visión, desde «Humillados y ofendidos» a lo largo de su producción reveladora de nuestros abismos humanos, demasiado humanos; pero Balzac le da a su paisaje infernal mayor variedad, motivos melódicos más variados. En el fondo, el mundo de Balzac ya es dostoiewskiano, para entendernos pronto. Novelas como las dos últimas que terminó, *La prima Bette* y *El primo Pons*, contienen un pathos demoníaco que exige apartar de ellas, en absoluto, el concepto de novela. En el sentido de la palabra Misterio usada en la Edad Media para representaciones teatrales de enigmas teológicas, *La prima Bette* es un misterio más que una novela. Todo realismo se circunscribe a los detalles de las descripciones, a la topografía de una historia que se vive como se sueña una pesadilla. Si se tratara en Balzac del don de una "segunda vista", como lo dice tantas veces, podríamos valernos del análisis hecho por Chestov con respecto a Dostoiewski:

“Los libros de Gogol permanecerán cerrados a nuestra comprensión -dice en «Las revelaciones de la muerte» mientras no nos dispongamos a admitir tal confesión suya (de que en «El inspector» y en «Las almas muertas» se ha descrito a sí y no a "otros"). No ya los peores de entre nosotros, sino los mejores, no son sino autómatas vivos que una mano misteriosa ha puesto en marcha y que no se atreven nunca y en ninguna parte a expresar su propia voluntad, su propia iniciativa. Algunos, pero muy pocos, tienen la sensación de que su vida no es la vida, sino la muerte. Esas obras resplandecientes de ingenio y humor son en realidad terribles tragedias: la propia existencia de Gogol fue asimismo una tragedia. También él fue visitado por el Ángel de la Muerte, quien le otorgó ese don maldito de la segunda vista. ¿Pero ese don no es una bendición en vez de una maldición? ¡Si fuera al menos posible contestar a tal pregunta! Pero en eso consiste precisamente la segunda vista: uno se formula preguntas para las que no hay respuestas, y no hay respuestas justamente porque exigen respuestas inmediatas”.

La tesis de que la "realidad es fantástica" tiene un desarrollo alegórico en «Memorias escritas en un subterráneo». Plantea Dostoiewski ahí el viejo e inquietante problema del conocimiento, de la relación de simetría entre lo que es y lo que entendemos. Es, traído el problema a nuestro dominio, la posición del sabio que cree abarcar lo creado (existente) con sus órganos de percepción y de intelección, y la del

artista que sorprende el secreto de que existir, ser, es un milagro, y que las apariencias (la belleza) son la verdad. En la citada obra-clave de Dostoiewski, cuya alucinante claridad suscita a Nietzsche, leemos:

“Al menos siento vergüenza escribiendo esta *novela*; esto no es, pues literatura sino penitencia. En una novela hace falta un héroe, pero aquí se han juntado a propósito los rasgos de un antihéroe; y principalmente ello producirá una impresión deplorable, porque todos estamos desacostumbrados de la vida, cojeamos todos, más o menos.

...Sea: puede ser una ley de la lógica, pero de ningún modo puede ser una ley de la humanidad.

...Convengo en que el hombre es un animal sobre todo constructor, condenado a tender hacia una meta conscientemente y a practicar el arte del ingeniero, es decir, a practicar eternamente una ruta, sin descanso, *en no importa qué dirección*. ...El hombre gusta construir y trazar rutas, es incontestable, pero ¿de dónde viene que también ama apasionadamente la destrucción y el caos?

...Si él ama tanto la destrucción y el caos (porque es innegable que los ama a veces demasiado) ¿no es porque él mismo teme alcanzar la meta y concluir el edificio comenzado? ¿Qué sabe usted? A lo mejor ama el edificio de lejos y no de cerca; acaso ame solamente construirlo y no habitarlo; abandonándolo a los animales domésticos, tales como las hormigas, las ovejas, etc., etc. Las hormigas tienen un gusto muy distinto. Ellas tienen, a este respecto, un edificio asombroso, indestructible: el hormiguero. Es por el hormiguero que las respetables hormigas han comenzado.

.. Sin embargo, estoy seguro de que el hombre no renunciara nunca al verdadero sufrimiento, es decir, a la destrucción, al caos. ¿El sufrimiento? ¡Pero si es la única causa de la conciencia! Aunque yo haya expuesto al principio que la conciencia es, a mi parecer, la más grande desdicha para el hombre, sé que el hombre la ama y que no la cambiará por ninguna satisfacción.

...Estamos a tal punto desacostumbrados (de la vida) que a veces experimentamos una suerte de disgusto por la "vida viviente", real, y es porque no soportamos que nos la recuerden. Hemos llegado a considerar la "vida viviente" como un trabajo, casi como una función, y todos estimamos que vale más vivir según un libro. ¿Y por qué nos agitamos, por qué hacemos locuras? ¿Qué deseamos? Nosotros mismos no lo sabemos. Si nuestras demandas fueran escuchadas, partiríamos.

...En cuanto a mí, no hice sino llevar al extremo, en mi vida, aquello que ustedes no se atreven a llevar a cabo sino a medias; y todavía toman ustedes su

cobardía por prudencia y se consuelan domesticándose a sí mismos. Así es posible que yo esté más vivo que ustedes. ¡Pero no me miren con esa atención! No sabemos tampoco dónde vive actualmente lo que está vivo, cuál es su esencia y cómo llamarlo. Déjennos solos, sin libros, y pronto nos embarullaremos, nos extraviaremos y no sabremos a qué adherirnos, a qué agregarnos; ignoraremos lo que sea preciso amar u odiar, respetar o despreciar”.

El "mundo de Balzac" ha perdido la consistencia de las realidades pétreas y ha adquirido una plasticidad de cuerpo coloidal, mucilaginoso: con él se puede modelar cualquier figura y hasta crear nuevos seres. Por eso la fantasía tiene en ese mundo un poder demiúrgico y construye entes imposibles que a lo largo de los tiempos duran más que la piedra. Los objetos y particularmente los seres recuperan su existencia eterna, inalterable; al desvanecerse los recobran su vida enajenada. Casi es un sueño, "una sonata quasi una fantasía". En esa visión de un mundo mágico cuya textura participa más bien de las nubes que del hierro, Strindberg el balzaciano ha producido una de sus mejores obras de teatro, de las más alucinantes: *El sueño*. El amante busca desde la infancia a la vejez, sin advertir que vive y fenece, con su ramo de flores, a Victoria una mujer- no sabe quién. Es, también, un anticipo del diabólico mecanismo onírico de lo que entendemos corrientemente hoy como "el mundo de Kafka". Pues si hablamos de sueño, de fantasía, de absurdo no es en su acepción gramatical y literal sino en concepto de un elemento universal siempre presente en la realidad incomprensible de lo creado. Esto es lo que despierta Balzac a la conciencia occidental y lo que toman de él sus inteligentes discípulos. Como dice Weidlé: "Lo que Balzac enseña a Dostoiewski no es un procedimiento ni una idea, sino un modo de conocimiento”.

A los dieciocho años Dostoiewski conoce las obras de Balzac y se apasiona por ellas. Traduce íntegra *Eugenia Grandet* (1843) y largos fragmentos de otras novelas. Año antes se habían traducido casi enteras *Maestro Cornelius*, *La mujer de treinta años*, *Luis Lambert*, *Los Chuanes*, *Papá Goriot*, *Un aran liombre de provincias*, *César Birotteau*. La relación de Balzac y Dostoiewski no es de escuela, pues, ni de época, ni de técnica: es la misma de Poe y Baudelaire, una identidad por ahora inexpresable, como la que Pinder encuentra entre miembros de una misma generación. Hasta hubo similitudes en sus destinos y obligaciones de trabajo intenso para vivir y pagar las deudas. Ambos eran "deudores" (pecadores contra el tabú del Éxodo, cap. XX). Su biógrafo Strakhoff cuenta que:

"Hacia medianoche, cuando todo entraba en reposo, Fedor Mijailovich

Dostoiewski quedaba solo con su samovar, y bebiendo a pequeños sorbos un té frío y no muy fuerte, lleva adelante su trabajo hasta las cinco y seis de la mañana. Se levantaba a las dos o tres de la tarde y pasaba el fin del día recibiendo visitas, paseando o visitando a los amigos".

En una carta confiesa:

"Sé bien que yo, como escritor, tengo muchos defectos, puesto que soy el primero en estar descontento de mí mismo. Se puede usted figurar que en ciertos minutos de examen personal compruebo a menudo con pena que no he expresado, literalmente, la vigésima parte de lo que habría querido y quizá hasta podido expresar. Lo que me salva es la esperanza habitual de que algún día Dios me enviará tanta fuerza e inspiración que me expresaré con más nitidez, en una palabra, que podré exponer todo lo que encierro en mi corazón y en mi fantasía". Y a los cincuenta años: "Toda mi vida he trabajado por el dinero y toda mi vida he permanecido constantemente en la necesidad: al presente más que nunca".

Ambos son novelistas y no filósofos, Balzac y Dostoiewski, porque lo que debieron decir lo dijeron narrándolo y no desmenuzándolo. A los dos interesa el lado sombrío o trágico de la vida como a todo artista que le ha visto el cuerpo a la Esfinge, (Gide dice de Dostoiewski: "lo que importa, como en un cuadro de Rembrandt, es la sombra"). Y precisamente Gide ha trazado, al pasar, un paralelo entre los dos grandes escritores que es apenas un esbozo de lo que un hombre de no menos talento que él podría y debería hacer:

"No estoy muy seguro en este punto: que en Balzac no encontramos algunos "abismos", algo abrupto e inexplicable; tampoco estoy perfectamente convencido de que los abismos de Dostoiewski estén siempre tan poco sondeados como se cree a primera vista. ¿Daré un ejemplo de abismo en Balzac? Lo encuentro en *La búsqueda de lo absoluto*. Baltasar Claes busca la piedra filosofal: ha olvidado aparentemente toda la formación religiosa de su infancia. Su búsqueda lo ocupa exclusivamente. Abandona a su esposa, la piadosa Josefina, que se espanta del libre pensamiento de su marido. Cierta día, penetra bruscamente en el laboratorio. La corriente de aire que entra por la puerta origina una explosión. La señora Claes cae desvanecida... ¿Qué grito es el que escapa de los labios de Baltasar? Un grito donde reaparece de pronto la creencia de su primera infancia, a despecho de los aluviones de su pensamiento: "¡Loado sea Dios, vives aún! Los santos te han preservado de la muerte". Balzac no insiste más. Y seguramente de veinte personas que leyeran este libro, diecinueve no notarían esta falla. El abismo que nos deja entrever permanece inexplicado, si no inexplicable. En realidad esto

no interesaba a Balzac. Lo que le importa es obtener personajes consecuentes consigo mismos -es en lo que está de acuerdo con el sentimiento de la raza francesa, pues de lo que nosotros los franceses tenemos más necesidad es de lógica. Y diría también que no sólo los personajes de *La comedia humana* sino igualmente los de la comedia real que vivimos se dibujan -quiero decir que nosotros los franceses nos dibujamos a nosotros mismos- según un ideal balzaciano. Las inconsecuencias de nuestra naturaleza nos parecen torturantes y ridículas. Las negamos. Nos esforzamos en no tenerlas en cuenta, las reducimos. Parece que es esto lo que interesa más a Dostoiewski: la inconsecuencia.”

Gide ha observado uno de los detalles significativos de la novela de Balzac con el acierto del especialista que yo señalé en Horacio Quiroga cuando examinaba recordándolas, las novelas de Dostoiewski, que exigen, como acaso ningunas otras, una lectura atenta y microscópica. Pero esto compete en cierto modo a la técnica o a la sabiduría del oficio. Uno de los aspectos más atrayentes y trascendentales desde otro punto de vista de la novela de Balzac y Dostoiewski es la distorsión de la realidad como ocurre en los sueños. Aunque me repita, necesito subrayar esta fase de la obra de ambos novelistas. No son las suyas obras de fantasía, como las que los románticos escribieron narrando los sueños como sueños o dando al sueño cabida dentro de la vigilia como en un paréntesis. Balzac y Poe, Dostoiewski y Kafka de manera perfecta, mezclan el sueño y la vigilia, la realidad vivida y la realidad soñada, la de nuestros recuerdos y la de los recuerdos de nuestros antepasados. Eso también hará Proust rompiendo el marco canónico del tiempo, como el romanticismo había roto el del espacio. Con Balzac (el ejemplo de *César Birotteau* está en otro capítulo) la vida es un sueño en el concepto de Shakespeare y Calderón, que evocan las sombras de la caverna platónica. Los personajes principales son los de la naturaleza demoníaca clic admitió como irrefutablemente cierta el anciano Goethe, de que son "personas" y no "demiurgos" los hombres de acción y de pasión, de inteligencia destructora.

Pero entre Balzac y Dostoiewski existe además una analogía temperamental no menos importante que la de sus producciones. La "sensibilidad fría" de ambos autores. Balzac carece de sentimientos, mucho más que Dostoiewski; es frío imparcial. Además, no sabe qué son sentimientos profundos y humanos, generosos, francos. Mejor dicho, sus personajes carecen de sensibilidad. En el caso de Dostoiewski ¿cómo desconocer una sensibilidad morbosa, exacerbada? Se le acusa de crueldad, la misma de sus historias, puesto que se cree que las inventa; y hasta de lujuria y de instintos

criminales. Le adjudicamos una paternidad absoluta. El caso de Balzac es semejante, con la diferencia de que cuando quiere expresar sentimientos delicados, tiernos, le resulta un mamarracho. Pero, otra vez ¿es que sus personajes tienen esos sentimientos que le exigimos que expresen?

Hay en Balzac otra sentimentalidad, otra sensibilidad acaso, como en Dqstoiewski, de lo trágico y hasta de lo horrendo de la vida. No necesita exagerar - como dice en «Los aldeanos» las cosas de por sí, porque los hechos son suficientemente dramáticos. Lo que si es cierto es que cuando han de expresarse y de vivirse formas de vida en que los sentimientos constituyen su valor esencial, Balzac no encuentra el estilo que el lector desea, en razón de que cree haberlo presenciado en seres y hechos y aun en sí mismo. Pero ¿habrá obra más llena de sentimientos sombríos, tristísimos, desoladores, que *Eugenia Grandet* y *Papá Goriot*? ¿Cómo se pueden trazar las figuras de Nanon, de Eugenia si no con el corazón oprimido, con un sollozo desesperado por los sacrificios inútiles? ¿Y qué decir del pobre Goriot, sino que es un corazón sangrante el que presencia esa historia más que el que la escribe?

Nietzsche, filósofo donisiaco⁴

Lo donisiaco es el fondo amorfo, humano, psíquico informe, Eros o Libido que busca engendrar una forma concreta, dar cuerpo para entender. Lo que Nietzsche vislumbró en *El origen de la tragedia* es el problema del Inconsciente de Hartmann y de la Libido de Freud.

El mecanismo del mito es en Freud y Jung el del sueño: la tragedia de Esquilo y Sófocles todavía es para Nietzsche una especie de representación simbólica por imágenes, es decir, por el mito puro. La música es lo donisiaco esencial, en tanto no se convierte en música de pentagrama, académica, elaborada como la filosofía racionalista. También la música se corrompe al mismo tiempo que la tragedia, con Eurípides y sus contemporáneos, los socráticos. El socratismo, pudo haber dicho porque está en la línea de sus razonamientos, es la cultura del superego: la moral, la ciencia, la urbanística, la lógica, la agrimensura y la arquitectura del poder constructor contra la vida: el mausoleo. O, como dice Zarathustra: la ciudad.

La concepción dionisiaca del mundo respondía a la posición vital, de ser viviente, del hombre en el mundo. A través del tiempo y por presión de las vicisitudes históricas fue acentuándose el sentido pragmático y utilitario de la vida, concretándose, apolinizándose, la maestría del dominio de la naturaleza y del hombre por lo que llamamos técnica. La técnica es hija de Apolo, la destructora efectiva del alma dionisiaca y de las posibilidades de realización de un tipo de humanidad, de cultura y de civilización basado en patrones bien distintos, diríamos antípodas.

Habiendo sido Dionisos el dios de la muerte, de la transformación de la vida mediante avatares y metamorfosis, el creador, por lo tanto, de nuevas formas y sentidos de la existencia, vino a petrificarse en una concepción antivital, con la contribución de los pueblos, del ser humano indiferenciado. Se trataba de decir sí o no a la vida; de querer vivir viviendo o de querer conducir la vida al termino inexorable que es la muerte. Ahí puede estribar la última filosofía, o el último sentido filosófico de la vida de Nietzsche. Potenciar la vida es clave. En tanto ello era posible tomando al hombre por meta, finalidad, pudo intentarse sobre la escala de los valores de felicidad, de alegría, de comprensión del sentido trágico de la existencia. Desde que las condiciones en que la vida ha de desarrollarse han suprimido de raíz los grandes estímulos hacia la

⁴ Un fragmento de un libro del mismo título publicado en 1947 y reeditado recientemente por el Editorial Caja Negra. El fragmento corresponde a partir de la p. 66-72.

consecución de un superhombre libre, hay que aceptar esas condiciones y proclamar los mismos valores despiadados que han consolidado un estado social que no es otra cosa que la proyección al plano mundial de los secretos instintos del autosacrificio, los instintos fanáticos de Freud. Será preciso fijar el concepto de Nietzsche sobre el Estado para que no nos parezca excesivamente simple su filosofía del poder, tal como algunos declamadores contra el totalitarismo, pero que son servidores inconscientes, lo han proclamado. Hállase en *Así habló Zaratustra*: «¿Estado? ¿Qué es eso? ¡Vamos! Abrid los oídos porque voy a hablaros de la muerte de los pueblos. Estado se llama el más frío de los monstruos. Miente también fríamente y he aquí la mentira más rastrera que sale de su boca: ‘Yo, el Estado, soy el Pueblo’. ¡Es una mentira! Los que crearon los pueblos y suspendieron sobre ellos una fe y un amor, esos eran creadores: servían a la vida. Los que ponen lazos para el gran número y llaman a eso un Estado, son destructores; suspenden por encima de ellos una espada y cien apetitos. Donde aún hay pueblo no se comprende al Estado y se le detesta como al mal de ojo, como una trasgresión de las costumbres y las leyes. Yo os doy este signo: cada pueblo habla una lengua del bien y del mal, que el vecino no comprende. Se ha inventado su lengua para sus costumbres y sus leyes. Pero el Estado miente en todas las lenguas del bien y del mal, y en cuanto dice miente, y cuanto tiene lo ha robado. Todo es falso en él; muerde, el muy arisco, con dientes robados. Hasta sus entrañas son falsas. La confusión de las lenguas del bien y del mal: os doy ese signo como signo del Estado.» La letanía sigue con palabras todavía más duras. La ciudad es la sede de ese monstruo destructor de vida, y por eso Zaratustra pasa con asco ante las puertas de la *gran ciudad*. Pero no hay tiempo ya ni posibilidad de defenderse de ella, porque son los mismos ciudadanos, los que como el loco remedador de Zaratustra claman contra su pestilencia, los que emponzoñan el aire. Le dice el profeta: «¡Acaba de callarte! ¿No corre ahora por tus venas una sangre de pantano, viciada y espumosa, para que hayas aprendido a chillar y a blasfemar así? ¿Por qué no te has ido al bosque? Y mirando a la gran ciudad [Zaratustra] suspiró y calló largo rato. Por fin dijo: ‘...¡Ay de esta gran ciudad! ¡Ya quisiera ver la columna de fuego en que ha de consumirse!... Pero esto tiene su tiempo y su propio destino.’»

Debemos considerar, entonces, qué significado tienen las siempre desdeñosas y altivas palabras con que Nietzsche se dirige a las muchedumbres, a las masas humanas sometidas al poder de los déspotas, cuyos pies lamen. ¿Podía Nietzsche aceptar a los pueblos envilecidos por el temor o la codicia, que elevan al poder a los negadores de la vida, justamente porque encarnan sus instintos fanáticos, sus ansias de liberación de sí

mismos por la muerte de los otros? De ninguna manera. Detesta lo que él llama socialismo y democracia porque bajo esos disfraces descubre la zarpa criminal de los destructores de belleza y de vida, los esclavos que se remachan los propio cepos proclamando una libertad que no es otra que la de destruir a sus propios salvadores. Nietzsche no se propone officiar de médico, pero encuentra que los bienes de salvación que los pueblos han aceptado, los que ellos mismos engendraron, son precisamente los que más irremisiblemente ocasionan su pérdida. Nietzsche ha dado algunas indicaciones sibilinas, cuando aún creía en la posibilidad de que el hombre pudiera ser salvado de sí mismo por sus propios recursos. Hizo un llamando a su sentido irracional, al que llamó 'sentido de la tierra', pero más tarde aceptó la realidad como algo inexorable y fatídico y se propuso facilitar la resurrección de Dionisos contra sus mismos perseguidores. En *Así habló Zarathustra* todavía tiene ánimos para decir: «El superhombre es el sentido de la tierra. Diga vuestra voluntad: 'Que el superhombre sea el sentido de la tierra.' Yo os exhorto, hermanos míos, a *permanecer fieles a la tierra*, y a no creer a los que os hablan de esperanzas supraterrrestres. Son envenenadores, créanlo o no. ...Ahora lo más espantoso es blasfemar de la tierra y tener en más las entrañas de lo impenetrable que el sentido de la tierra. En otros días el alma miraba al cuerpo con desdén. ¡Quería el alma un cuerpo flaco, horrible, consumido de hambre! Pensaba así librarse de él y de la tierra. ¡Oh, aquella misma alma era un alma flaca, horrible y consumida, y para ella la crueldad era un deleite!»

¿Pero no eran los pueblos, las gentes que viven inmersas en lo irracional, los que celebraban la victoria anual de Dionisos en la renovación de la vida en la primavera? ¿No eran precisamente Eurípides y Sócrates los demonios del raciocinio que fundaban una escala de valores lógicos, los sofistas del superego que censuraron los instintos propulsores del deseo de vivir y de comprender las esencias terrestres, según la filosofía de los sátiras? Aquí nos encontramos con los dilemas que Nietzsche planteó y que destruyeron su inteligencia, porque no eran un 'problema con cuernos' sino un contrasentido *in res*. Él ha llamado 'cultura alejandrina' a la del hombre teórico. Toda la obra de Nietzsche es la crítica a la razón que inventa expedientes racionales para sofocar el espíritu de la tierra, el gozo sagrado de estar vivos. Zarathustra habló así de los doctos: «Si dan muestras de sabios, me horripilan con sus sentencias y sus verdades: su sabiduría huele a menudo como si saliera de un pantano, e indudablemente ya he oído cantar en ella a las ranas. Son diestros y tienen dedos sutiles: ¿qué quiere *mi* sencillez con su complejidad? Sus dedos entienden a maravilla todo lo que sea hilar, anudar y

tejer; así que hacen las medias del espíritu. Son buenos relojes –siempre que se tenga cuidado de darles cuerda-. Entonces señalan la hora sin fallar, y con ruido modesto. Trabajan como molinos y morteros; ¡no hay sino que echarles el grano! Ellos saben ya moler bien el grano y convertirlo en blanca harina. Unos a otros se miran atentamente los dedos con desconfianza.

»Saben también jugar con dados falsos y los he visto jugar con tal ardimiento, que estaban bañados en sudor. Somos extraños los unos a los otros, y sus virtudes me contarían más que sus falsedades y fullerías.»

Hay diferentes especies de verdades, cada especie con su propio repertorio de valores.

El problema filosófico –no gnoseológico y menos epistemológico- de la verdad es distinto del de la ciencia, en cuanto ésta busca la verdad en función de posteriores aplicaciones generalizadas, de su aplicabilidad a fines prácticos sobre las cosas, al dominio técnico de esas mismas cosas. En tanto la verdad para el filósofo tiende a la afirmación de valores, a la cotización de lo valioso. Pero si puede haber desinterés de saber puro, epistemológico, en el sabio siempre será en una dimensión herética –reproches hechos a Eddintong, Whitehead, Russell-. En cambio el filósofo tiene en general la desventaja –sin hablar de los pedagogos de la filosofía- de que su mentalidad, su formación intelectual responde a la organización utilitaria de la cultura. Dice Nietzsche que es la cabeza del filósofo no los problemas filosóficos lo que conspira contra la búsqueda desinteresada de la verdad. Y una búsqueda desinteresada de la verdad, ¿no es el arte, la ciencia de las imágenes y las apariencias, la mentira aceptada valientemente como tal?

Pero Nietzsche es un filósofo surgido de las aulas en que los problemas filosóficos son, en el mejor de los casos, teoremas o entimemas a resolver conforme a métodos convencionales. ¿Pudo proponerse la búsqueda de una verdad que contradiga el contexto íntegro de la civilización mecanizada occidental? Al fin de su producción y de su vida, reencuentra el hallazgo perdido de la filosofía dionisiaca de *El origen de la tragedia*.

Tiene razón Bertrand Russell: los problemas filosóficos se reducen, en última instancia, a problemas de lógica, formal. El método necesariamente ha de ser matemático, con el concepto de Spinoza, de Newton y de Kant, los tres filósofos matemáticos de la gnoseología, sin posibilidad de vida, absolutamente para los licornios. Bien: la filosofía occidental –no el filósofo ni el moralista como decía

Nietzsche porque le gustaba personificar, dramatizar sus ideas- la que ha destruido el filosofar dionisiaco, la música, la poesía y la voluptuosidad del vivir placentero en Occidente.

El cristianismo no crea este odio secreto de la inteligencia pesquisidora contra la vida: el cristianismo es también una víctima de la civilización político-financiero-militar romana, como Cristo lo fue de la ley escrita en piedras y tablas, en materia sólida, 'imperecedera'.